



NÚM. 6.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 5 DE FEBRERO DE 1860

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Después de la victoria del 23 se ha dado delante de Tetuan otra gran batalla, lo cual quiere decir, que el ejército español ha conseguido otra gran victoria. Sidi Ahmed, hermano del emperador, llegó el 30 del pasado al campamento marroquí y fue recibido con salvas y aclamaciones. Llevaba á Muley Abbas un

refuerzo de ocho mil infantes y seiscientos caballos, y con él y con municiones nuevas, trataron los dos hermanos de probar otra vez la suerte de las armas.

El 31 acababa el general en jefe de enviar un parte al gobierno, noticiándole que á las diez de la mañana no ocurría novedad, á no tenerse por tal la presencia del gobernador de Gibraltar el día anterior en el campamento, cuando recibió aviso de que el enemigo con fuerzas considerables descendía de sus posiciones y se presentaba en el valle, amenazando especialmente nuestra ala derecha. Inmediatamente se dieron las órdenes oportunas para salir á recibirle, colocándose la artillería de campaña en las posiciones convenientes. Empeñada la acción, los marroquíes mostraron su obstinación y su valor acostumbrados, valor ciertamente digno de mejor causa. Formidables masas de caballería se adelantaron contra nuestros tiradores, pero los acertados disparos de nuestra artillería hicieron en ellas un destrozo tal, como no le habían experimentado desde el principio de la campaña. Nuestros lanceros y cazadores persiguieron á los desbandados marroquíes hasta las alturas, de donde habían descendido, y los arrojaron al otro lado de sus cumbres. La acción duró desde las once de la mañana hasta las cinco y media de la tarde, y el enemigo tuvo en

ella una pérdida que el general en jefe calcula en dos mil hombres.

La nuestra, según el mismo general en jefe, no es superior á doscientos entre muertos y heridos.

No hay que decir que los jefes, oficiales y soldados se portaron como acostumbran. El general Prim, que siempre se ha distinguido en la vanguardia, debió de tomar parte muy notable en la acción á juzgar por los rumores que han circulado sobre algunos de sus detalles. Durante la ausencia del general Zavala, que por enfermedad ha tenido que regresar á la península y se halla ya en Madrid, el general Prim ha estado mandando el segundo cuerpo. No sabemos si ahora recibirá este mando en propiedad ó tomará el de las dos divisiones llamadas de reserva, la que ha estado hasta ahora á sus órdenes y la que manda el general Ríos. De todos modos es probable que á los cuerpos que el general Prim conduzca á la victoria, se agreguen los voluntarios catalanes.

Las cuatro compañías de estos voluntarios se embarcaron el 26 en Barcelona para la costa de Andalucía, de donde serán trasladadas al campamento de Tetuan. Es imposible describir el entusiasmo con que el pueblo barcelonés victoreaba á aquellos valientes y á los del regimiento de Mallorca y Estremadura que van á derramar su sangre por la patria. El traje de los voluntarios, como verán nuestros lectores en el grabado que acompaña á este número, es exclusivamente catalán y tan holgado como elegante. Mientras duró el embarque, las músicas situadas en el andén tocaban himnos patrióticos, cuyos ecos se mezclaban con los vivas de la inmensa muchedumbre. Las autoridades y comisiones del ayuntamiento presenciaban también el acto, que se verificó con toda regularidad; y cuando el vapor emprendió su marcha, los vivas, las aclamaciones, los saludos que desde cubierta y desde la playa se cambiaban, duraron hasta que aquel se perdió de vista.

Aun queda á los valientes mucha gloria que recoger en Africa; mas por fortuna las grandes penalidades han pasado: el tiempo mejora en el campamento y la declaración de puertos francos hecha en favor de Ceuta y Tetuan, ha hecho reinar en una y otra parte la abundancia. La ría de Tetuan, desierta cuando la bombardeó nuestra escuadra, presenta hoy el animado cuadro de una feria. Botes y chalupas de todas formas y dimensiones cargadas de víveres y efectos acuden de las vecinas playas de España y de Gibraltar. Sus dueños saltan en tierra y formando tiendas con sus palos y velas, esponen á la vista de los compradores sus objetos: gallinas, hue-

vos, manteca, quesos, vino, frutas, legumbres. Solo los aguardientes se han prohibido como medida higiénica para conservar la salud del ejército.

Hemos mencionado la visita hecha al campamento por el gobernador de Gibraltar el día 30. Por la mañana se presentó á la entrada del puerto una goleta de guerra inglesa y pidió permiso para fondear: concediósele, y saltando en tierra aquel funcionario, se presentó al general O'Donnell á quien manifestó el deseo de recorrer su campo. El general O'Donnell mandó facilitarle caballos para él y su comitiva, y designó al coronel Gurrea, gobernador del cuartel general, para acompañarlo. Esta designación nos parece muy oportuna: á un gobernador otro gobernador. Por lo demás, el de Gibraltar limitándose á observar como inteligente las disposiciones militares, la artillería, la caballería y á hacer el debido elogio del continente de las tropas, no pronunció, según parece, palabra alguna que indicase que llevaba al campamento mas objeto que el de satisfacer su curiosidad.

Creemos, sin embargo, que esta curiosidad, natural en cualquier oficial y en cualquier viajero, en el gobernador militar de una plaza vecina, que con razón ó sin ella se ha creído amenazada en su seguridad por los preparativos militares de España, tiene algo de extraordinaria; y así debió pensarlo el mismo funcionario inglés cuando pidió permiso en Algeciras y en Tetuan, para fondear primero y para desembarcar después. En circunstancias ordinarias y en los puertos amigos, sabido es que no hay necesidad de tales ceremonias para llegar y saltar en tierra: y esto prueba que el gobernador de Gibraltar sospechaba que su visita debía tener á nuestros ojos algo que la distinguiese de las demás. Debemos presumir desde luego que la hizo por mandato, ó á lo menos con autorización de su gobierno, al cual habrá enviado una relación exacta de lo que ha visto y de las impresiones que ha experimentado en su corto viaje.

Desembarcados ya el tren de sitio y el de ingenieros, y escarmentado el enemigo, hay quien cree que del 4 al 5 del corriente podrá comenzar el movimiento ofensivo contra Tetuan, cuyos habitantes parece que desean entregarse, si bien se hallan contenidos en su deseo por la gente de guerra, y sobre todo por la guardia negra, que se ha encerrado en la plaza. Lo pantanoso del terreno y la necesidad de crearlo todo, digámoslo así, en el país, retrasarán á nuestro parecer algo mas de lo que se cree las operaciones. Se han llevado al campamento materiales para un ferro-carril desde la playa á la ciudad, proyecto muy importante y que acercará el puerto

á seis minutos de distancia de la plaza. Esto indica que despues de tomada, se piensa conservarla permanentemente.

El pensamiento de hacer ferro-carriles en Africa indica que la actividad constructora no ha disminuido en España. En efecto, se anuncian como próximas á abrirse varias vias férreas importantes, mientras que en las que se hallan en explotación se aumenta de una manera notable el movimiento. Los percances van siendo menores, merced á la vigilancia de las empresas: desearíamos sin embargo, que el gobierno obligase á aumentar la suya á la del ferro-carril de Alicante, que teniendo antes un guarda por cada dos kilómetros ha reducido este personal de tal modo que hoy tiene uno por cada seis. Tal vez con mayor vigilancia podrían evitarse catástrofes como la de Almansa, sobre la cual se forma causa. Y á propósito de esta causa se nos ha referido un hecho ocurrido no sabemos dónde, quizás en Rusia, que nos ha llamado la atención. Dicese que en un camino de Rusia se había levantado un carril y al pasar el tren por aquella parte desrarriló y cayó. El juzgado ruso ha debido tener sus dudas sobre esto y para aclararlas nos dicen que se ha dado una providencia peregrina. Presentóse en la estacion mas próxima el alcalde con el juzgado y se mandó al jefe que hiciese levantar un carril y pasar un tren por aquel sitio con toda la velocidad del correo. Esta experiencia tenia sin duda por objeto saber si se estrellaba ó no: si se estrellaba, era señal de que el otro había podido estrellarse. El jefe de la estacion contestó, según parece, que había para el experimento una pequeña dificultad, la de saber quién iría en la máquina en el momento de la prueba.

No queremos de modo alguno ofender la rectitud del juzgado ni del alcalde rusos, ni poner la mas pequeña traba á su legítima accion. ¿Pero es verdad que se ha dictado esta providencia? Si así es, se la recomendamos al juzgado de Almansa y al gobierno. ¿Qué cosas tienen los rusos!

Se ha estrenado la otra noche en el teatro de Oriente la ópera *I Masnadieri*, con éxito regular. En el Circo *Pecado venial*, comedia de don Emilio Alvarez, fue bien recibida del público. Está escrita con correccion, tiene bellos pensamientos y buenos versos: carece sin embargo de arte y abunda en inverosimilitudes: justo es decir á pesar de todo, que las bellezas preponderan sobre los defectos, ó lo que es lo mismo, que los unos son *pecados veniales* si se tienen en cuenta las otras.

En el Príncipe se ha puesto en escena *La Luna de miel*, original del señor Coupigni, autor que se distingue por sus bellos toques satíricos. Su última produccion es una comedia de costumbres dedicada á pintar los inconvenientes de los matrimonios entre personas de edad desproporcionada. El público la aplaudió con justicia: el desempeño bueno por parte de Catalina y la Hija.

El teatro de Novedades parece que se encuentra en crisis. Lo sentimos.

En la Zarzuela *El Diablo las carga*.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

AMOR DE MONJA.

I.

No vamos á escribir una leyenda del género á que pertenecen las de don Juan Tenorio y Lisardo el Estudiante.

No vamos á ocuparnos de una pasion romancesca, ardiente, impura, originaria de un drama horrible.

No por cierto: vamos á revelarles un amor puro, inmaterial, digno de una esposa del Señor, de una santa.

Vamos á presentaros en un breve espacio una vida entera de abnegacion, de dulzura, de caridad, de martirio.

Peró de un martirio nunca comprendido por la mártir: sufrido con la resignacion y con el placer con que las almas de los escogidos aceptan los trabajos de la virtud.

Debemos el conocimiento de esta dulce historia á una de esas mujeres, raras por desgracia, que son la personificación de ese ser poético que se llama el *ángel del hogar*.

Perdonadnos, vosotros los apasionados por las emociones violentas: otro día escribiremos un cuento tan dramático como sea necesario para complaceros.

II.

Una mañana muy fria y muy lluviosa, apenas una de las madres torneras del convento de... se había puesto á servir el torno, cuando llamaron á él desde la parte de afuera de un modo desacostumbrado por lo fuerte, y aun si se quiere impaciente y descortés, lo que no impidió que la portera dijese con su característica dulzura y obediencia á la costumbre:

—A Dios sean dadas.

Es de advertir que el *Deo gratias* que debía, según costumbre tambien, haber sido pronunciado por el de afuera, había sido omitido.

—Ahí queda eso, dijo, alejándose, una voz áspera de mujer vieja.

Y la madre tornera dió la vuelta al torno.

Lo que el torno contenía era una cesta grande y usadísima, cubierta con un paño sucio.

La buena y pulcra madre cogió con las estremidades de los dedos aquel harapo, descubrió la cesta y miró.

Una súbita vergüenza, una espresion de repugnancia infinita, se dejaron ver instantáneamente en el rostro de la religiosa, y á seguida una commiseracion profunda.

—¡Válgame Dios, dijo, y cómo nos tratan! ¿no podían haber llevado á otra parte á esta criatura?

En efecto, lo que la madre tornera había visto dentro de la cesta, era una criatura recién-nacida, desnuda, desfallecida, sobre unos trapos tan sucios, tan repugnantes como el que cubría la cesta.

Ademas en la cesta había un papel en que la madre tornera leyó lo siguiente:

—No está bautizada.

III.

La madre tornera, escandalizada de buena fe, se alegró mucho de que cuando aquella criatura había sido endosada al convento, no hubiese nadie en el torno mas que ella, y cubriendo de nuevo la cesta, llamó á una lega para que sirviera momentáneamente el torno, y cargando no sin repugnancia con la cesta, y cubriéndola con su manto, furtivamente, pidiendo á Dios no encontrar á nadie en el camino, y que la niña no llorara, se embocó de rondon en la celda de la madre abadesa, se encerró con ella y la puso de manifiesto la cesta y su contenido.

IV.

La madre abadesa, doña Purificacion de la Santísima Trinidad, era una segundona de casa ilustre, pero no rica, á quien desgracias del corazon y de la familia, habían arrojado al claustro.

Era una señora de cuarenta y mas años, de salud débil, de virtud severa, pero de alma escesivamente impresionable.

Había pasado bruscamente del mundo al claustro á los veinte y cinco años, y la superioridad de su talento y de su educacion, la habían hecho desde los primeros tiempos siguientes á su entrada en el convento, una eminencia respetada por toda la comunidad.

Sor Purificacion había tenido al mismo tiempo suficiente tacto y suficiente paciencia para hacerse estimar de las otras sorores y de las madres.

(Digámoslo de una vez para todo nuestro relato: á una monja se la da el ante-nombre de sor hasta que cumple los cuarenta años: despues de cumplidos estos, se la llama madre).

La llegada de sor Purificacion á su año cuadragésimo, coincidió con el fallecimiento de la octogenaria abadesa, y la comunidad, al llamarla madre, la nombró su superiora.

Cuando la madre Purificacion, fue elevada á la altísima dignidad de jefe de aquella pequeña república religiosa, se encontraba sola en el mundo: todos sus parientes próximos habían muerto y no la habían dejado de herencia un solo real.

La pobre señora se consagró resignadamente al trabajo.

Esto es, á hacer dulces y flores.

V.

La madre tornera dijo lo poco que tenía que decir acerca de la llegada de la niña al convento, pero declamó mucho y se escandalizó otros dos tantos; á todo lo cual la abadesa que había escuchado en silencio y pensativa, respondió:

—No podemos rechazar de la casa del Señor, esta niña que sin duda, Dios en su divina voluntad nos envía. ¿Una casa de espositos...! ¡no! ¡no puede ser...! ¡yo veré...! ¡yo haré!

Y la abadesa mandó llamar á la otra madre tornera, á las madres sacristanas, y á la madre maestra de novicias y á las dos madres porteras, que con la una madre tornera y con ella, componían las dignidades, el capítulo, por decirlo así, del convento.

Las sorores y las otras madres mas jóvenes no fueron avisadas, ni aun iniciadas por las razones de miramiento y aun de pudor, que eran de suponer atendido el caso y el carácter de las monjas.

De aquel capítulo, de aquella congregacion de ocho ángeles, resultó la determinacion siguiente:

Se consultaría á una junta compuesta del padre vicario y de los directores de la conciencia de las ocho madres deliberantes, si era posible la adopcion de aquella niña, y de una manera colectiva por la comunidad.

Dado caso de que aquella adopcion fuese posible, la niña recibiría en el bautismo el nombre de la advocacion del convento.

La niña se lactaría y sería atendida en todo, por igual, entre todas las monjas.

Una vez terminada la lactancia de la niña, la madre abadesa se encargaría de su crianza y de su educacion.

VI.

Congregados á instancia de las buenas madres el vicario y los ocho confesores, declararon en el locutorio, mientras devoraban escelentes dulces, que dado caso de que no se reclamase por sus padres la criatura y con las licencias necesarias, la niña podía ser adoptada por la comunidad.

VII.

Procedióse á lo mas urgente.

Al bautismo.

La niña fue entregada con gran misterio y sin que nadie mas que las madres graves tuviesen conocimiento del asunto, al padre vicario.

Este se llevó la niña á su casa, y una sobrina suya casada la proveyó de ropas por cuenta de la monjas.

Despues se bautizó á la niña y se la puso por nombre, María de la Asuncion de los Santos Reyes.

La Virgen de la Asuncion era la titular del convento, y era día de Reyes el en que fue puesta en el torno la pequeña María.

VIII.

Nadie reclamó por hija suya á la niña.

Se obtuvieron cuantas licencias fueron necesarias.

La abadesa reunió á la comunidad entera, y en una esposicion breve, clara, sentida, la participó cuanto era referente á la niña y á la determinacion que había tomado creyendo adivinar los sentimientos caritativos de la comunidad.

—Pero, añadió levantando su melancólico y pálido semblante, en cuya mirada brillaba algo divino: en otro caso, yo sola adoptaré á esa criatura que Dios nos envía.

Las madres, las sorores, y aun las novicias, para cuando fueran monjas, se adhirieron con las lágrimas en los ojos á la determinacion de la abadesa, se obligaron á todo lo que se obliga quien adopta á una criatura y fueron en masa y con el corazon agitado por algo que se parecía al ardiente amor de las madres, al locutorio grande, donde poco despues se presentó el padre vicario con su sobrina y con una robusta ana de cria que llevaba en brazos y vestida hasta con lujo á la niña.

María de la Asuncion fue introducida en la parte de adentro del locutorio por el tornillo, y una tras otra, todas aquellas buenas madres, sorores y niñas, hasta las educandillas, la dieron en la rosada boca el beso de amor y paz.

Desde entoces María de la Asuncion fue la hija adoptiva de una veintena de vírgenes.

IX.

Pasaron diez y ocho años.

Asuncion era una mujer formada.

Si escribiéramos un cuento, os diríamos que Asuncion era hermosísima.

La supondríamos todos los atractivos de la forma, para hacérsela mas simpática.

Peró relatamos una historia muy sencilla y no queremos adularla con una falsedad.

Asuncion era fea.

Peró con una fealdad que solo consistía en la irregularidad, en la vulgaridad de las formas de su semblante, en la pequeñez de sus ojos fuertemente azules, en la pobreza de sus cabellos castaños y lacios, en lo deprimido de su estrecha frente: sin embargo aquella frente era serena, tersa; aquellos ojos tímidos y dulces; aquella boca un poco grande de labios algo gruesos, sonreía, con gracia, con languidez, dejando ver algo de triste melancólico tras aquella sonrisa; al sonreírse, mostraba una dentadura admirable y exalaba un leve suspiro, aliento puro de un alma apasionada, candorosa, casta.

Era, pues, la fealdad del semblante de Asuncion, mas que fealdad, la carencia de rasgos provocadores del deseo: peró si esto no existía, en cambio la espresion de aquel semblante era perfectamente simpática por su dulzura, por su languidez, por el sufrimiento recóndito, mas que sufrido, ignorado que en él se revelaban.

Por lo demás y de la barba abajo, Asuncion era una criatura de formas completamente atractivas, mórvidas turgentes, castamente veladas por las ropas, pero que á pesar de ellas se dejaban conocer.

Era alta, esbelta, dotada de suma gentileza, sin pretensiones, encubierta por la ancha y suelta plegadura de su hábito de novicia.

Porque la hija adoptiva del convento, no podía ser otra cosa que monja.

X.

Asuncion, por instinto, por temperamento, era escesivamente contemplativa.

Su imaginacion viva, ardiente, soñadora, revestía pa-

ra ella indefi
Ella
ba len
desier
lóbres
aquell
cos pi
su as
hábito
los co
bia p
sin q
deseo
¿Y
Asun
El
Ella
Lev
levant
dulzu
darlas
nerlas
Des
Tra
canda
Lue
pulari
Las
ciones
nes, c
somb
turbia
del ag
las no
A la
largas
la luz
sobre
virgen
mover
darla;
plo, q
la esp
presbi
exhala
llano:
que un
no; e
profun
tajados
entrea
camen
allá de
tas imp
ir á re
que to
aspirac
de su
res, q
taban;
y que
podido
Para
iguales
frios;
había
mismos
El ci
del alm
Cuan
del cla
El m
reducia
asimila
Y est
pre una
El vi
andade
fuera d
Asun
No s
Si re
cuertos
Ni e
dicho.
Es ci
su mad
Peró
prender
no fues
de ello.
Las r
habían
ni que
Ella
Ella a
El am
quilo de

ra ella los objetos reales de un no sé qué fantástico, vago, indefinido.

Ella no se encontraba nunca mejor, que cuando vagaba lenta, pensativa, como una sombra, por los estensos y desiertos claustros góticos del convento, por sus crugias lóbregas, por su sonoro salón de *De profundis*: todos aquellos santos, vírgenes, mártires, y cenobitas, místicos productos del arte cristiano, con su espiritualismo, su aspecto sombrío, sus semblantes demacrados y sus hábitos severos, eran para ella seres vivos: habían sido los compañeros de sus horas de soledad desde que había podido comparar, analizar, sentir: ella les contaba sin querer contárselo, de una manera espontánea, sus deseos, sus sueños, sus amores.

¿Y cuáles eran los deseos, los sueños, los amores de Asuncion?

El mundo para ella era completamente ignorado.

Ella no conocía otra vida que la vida del claustro.

Levantarse con sueño antes del día, asear la celda, levantar á las educandas pequeñas, lavarlas apurando la dulzura para vencer su rebelde resistencia al agua fría, darlas un beso suspirante, prepararlas el almuerzo y ponerlas á la costura.

Después el coro.

Tras el coro, la lección de leer y escribir á las educandas: de catecismo, de gramática.

Luego la confección de confituras, de flores, de escarpularios.

Las lecturas piadosas, las terribles leyendas de tentaciones del diablo á los santos, de milagros, de apariciones, de condenaciones: toda esta balumba fantástica y sombría allí en la estensa celda de la abadesa, á la luz turbia de un velón, y muchas veces al ruido monótono del aguacero, al largo y gemido zumbido del viento en las noches del invierno.

A las doce, al travesar con una lamparilla en la mano largas crugias medrosas para asistir al coro á maitines, la luz haciendo aparecer á su paso á un lado y otro sobre las pardas paredes, á aquellos santos, á aquellas vírgenes, á aquellos ermitaños, sus amigos, que parecían moverse dentro de sus marcos negros, como para saludarla; sentir después lo infinito en las sombras del templo, que se veía al través de la espesa verja del coro, con la espirante lámpara suspendida delante del altar del presbiterio; el grave y triste sonido del órgano, que exhalaba las sencillas y grandilocuentes notas del canto llano: el rechinar del facistol al hacerle girar las coristas que unían su voz nasal á la salmodia lanzada por el órgano; el rezo monótono de las monjas sepultadas en la profundidad de las sillas del coro, como cadáveres amortajados que se alcanzaban á ver en el fondo de sepulcros entreabiertos; sentir todo esto con un sentimiento místicamente poético; fingirse un mundo material, un mas allá de la vida, en relación con la manera de sentir estas impresiones; pasar allí, en el coro, tres horas, y luego ir á reposar un corto espacio, entregada á un sueño en que todas las leyendas, todas las impresiones, todas las aspiraciones de aquella alma excepcional por lo excepcional de su educación, tomaban actividad, se traducían en seres, que hablaban, que gemían, que lloraban, que cantaban; en un mundo aparte que ella no podía describir, y que si ella hubiera podido describirlo nadie hubiera podido comprender.

Para Asuncion, todos los días de su vida habían sido iguales; nublados ó claros, cortos ó largos, ardientes ó fríos; pero cuyo paso había sido lento; cuyo espacio se había llenado con unas mismas ocupaciones, con unos mismos pensamientos, con unas mismas necesidades.

El círculo dentro del cual se desenvolvía la actividad del alma de Asuncion, era muy estrecho.

Cuanto era posible se extendiese dentro del recinto del claustro, fuera del cual nada conocía Asuncion.

El mundo eterno que estaba en contacto con ella se reducía á muy pocos seres, y aun estos completamente asimilados á la manera de ser del convento.

Y estos seres eran siempre los mismos y decían siempre una misma cosa.

El vicario, los confesores, el médico, el capellán, el andadero, el monaguillo, he aquí las únicas personas de fuera del claustro que conocía Asuncion.

Asuncion no tenía familia.

No sabía tampoco que existiera la familia.

Si retrocedía á sus primeros recuerdos, aquellos recuerdos no pasaban del convento.

Ni ella sabía de dónde procedía, ni nadie se lo había dicho.

Es cierto que las educandas hablaban de su padre, de su madre.

Pero Asuncion en su candidez oía aquello sin comprenderlo, y en la inocencia de su alma para todo lo que no fuese su convento, jamás había preguntado acerca de ello.

Las monjas por una caridad delicada, amorosa, no la habían revelado como había sido llevada al convento, ni que había sido adoptada por la comunidad.

Ella vivía sin comprender la vida.

Ella amaba sin comprender el amor.

XI.

El amor ardiente apasionado, pero satisfecho y tranquilo de Asuncion, por el tiempo en que contaba diez

y ocho años, y estaba próxima á su profesion; era la madre abadesa.

Las contrariedades, las penas, las desgracias, mantenidas vivas y dolorosas por los recuerdos, las dolencias y los años, habían postrado á la madre Purificacion.

Una dolencia terrible, contagiosa, pero cuyo contagio solo era incómodo y repugnante, se había apoderado de la infeliz.

Aquella dolencia la había relucido á un doloroso aislamiento.

Las monjas escusaban cuanto podían el acercarse á ella, entraban poco en la celda, y aun las legas y las sirvientas, no podían disimular su repugnancia y su aversión á servirla.

Solo Asuncion, el ángel del sufrimiento y de la caridad, asistía á la anciana, la movía, la manoseaba, la besaba, velaba los breves momentos de su descanso, sufría sin quejarse, sin sentimiento, las consecuencias de su caridad, á que ella no daba valor alguno, y todos los días, al amanecer después de una noche de cuidados por su *niña*, que así llamaba á la abadesa, iba á arrodillarse en el extremo de una galería á los pies de un cuadro gigantesco y conmovedor.

Aquel cuadro era una copia de la Santa Isabel representada por Murillo curando á un leproso.

Asuncion mantenía siempre flores, ya frescas, ya contrahechas en el cuadro de Santa Isabel.

El amor, pues, entero, ardiente, inmenso de Asuncion, era la pobre, la desdichada, la doliente madre abadesa.

Por su parte la madre Purificacion decía con suma frecuencia á su confesor:

—Dios me premia la adopción de este ángel: Dios le ha enviado para mi consuelo: ¿sino fuera por ella, qué sería de mí?

XII.

Pero llegó el día en que debía dejar de ser aquella mártir.

Mejor dicho: el día en que aquella mártir, debía dejar de sufrir.

Antes de morir otorgó su testamento en favor de Asuncion.

—Que se vendan, dijo, todas mis imágenes, todos mis muebles, todos mis libros: que con lo que resulte se pague el dote de Asuncion. Quiero que sea de velo negro, y si la comunidad la pagase el dote se vería relegada á ser toda su vida de velo blanco.

Las monjas de velo blanco, son legas.

No pueden aspirar á ningún cargo.

Y es que también en los conventos hay nobleza y plebe.

Seres que pueden aspirar á dignidades y ser desheredados.

Ciudadanos é ilotas.

También los dedos de la mano son desiguales.

Es una ley inmutable de la naturaleza que lo fuerte prevalezca á costa de lo débil.

Adelante.

XIII.

La madre Purificacion murió entre los brazos de Asuncion.

Asuncion no lloró, pero se asombró, se aterró: era la primera vez que veía la muerte, y la veía en el único ser á quien había amado.

Una poderosa excitación nerviosa la postró y se temió por su vida.

Cuando recobró la salud, pero sin recobrar el leve matiz rosado de su semblante blanquísimo, no lloró tampoco; pero dejó de sonreír, se extendió sobre su semblante una especie de lúgubre tristeza, y se aisló cuanto podía aislarse.

Había sido herida de muerte en el alma.

Su educación puramente mística, puramente espiritual, había desarrollado en ella una sensibilidad estremada.

Cuando no la encontraban en su celda, cuando la buscaban sin hallarla por todo el convento, ya se sabía donde estaba.

Allá, en un ángulo oscuro y tenebroso del panteón del convento, estaba Asuncion sentada en el suelo húmedo, con las manos cruzadas abarcándose las rodillas, con la cabeza inclinada llorando en silencio, y rezando en voz leve, como para no turbar el sueño de muerte de la que reposaba en un nicho inmediato.

Las monjas que llegaban de puntillas, y observaban asomando la cabeza á la puerta del panteón, aquel dolor que no se amenguaba, que nunca era ni mas ni menos; aquel amor que la viva conservaba á la muerta, se retiraban también de puntillas sin atreverse á profanar aquel dolor sorprendiéndole.

Cuando Asuncion concluía sus rezos, se erguía, y, de rodillas, besaba la tabla negra que cerraba el nicho de la difunta abadesa.

—Adios, madre, decía; hasta mañana.

Y se alzaba y dejaba en paso lento y como penoso el panteón.

Cuando salía á la luz, sus lágrimas se habían secado.

Solo quedaba en su semblante su dulce y lánguida tristeza.

Y era lógico, necesario, justo, aun considerado desde el punto de vista del egoísmo, el amor y el dolor de Asuncion por la muerta.

Ella sola la había amado como Asuncion necesitaba ser amada.

Al morir la madre Purificacion, la pobre niña se había quedado sola en el mundo, porque se había quedado sin afectos.

Un vacío horrible se había abierto en su alma.

Necesitaba expansion, y no podía encontrarla en una tumba.

(Se concluirá.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

PINTURA DE RETABLOS EN EL SIGLO XIV.

NOTICIA DE UN DESCONOCIDO PINTOR ESPAÑOL DE AQUELLA ÉPOCA.

Los artistas de la edad media nos legaron producciones incomparables, pero tan modestos como hábiles, no cuidaron de consignar sus nombres para que los celebrase la posteridad. Entonces el maestro se eclipsaba en su obra: mientras ella saliese bien, poco importaba quién la hubiese ejecutado. Trabajábase con fe, por amor al arte, por estímulo religioso ó por interés promuncional: una corporación era la que erigía monumentos y altares; un pueblo en masa el que edificaba catedrales y santuarios. Solo en aquel tiempo pudo un Angélico de Fiésolo, religioso beatificado, ser pintor, y pintor sublime, á impulsos de una inspiración santa, directamente emanada del cielo. Mientras de épocas lejanas han llegado á nosotros los nombres de muchos profesores de mas ó menos valía, permanecen ignorados los de aquellos que desde Bizancio á Roma, y desde Italia hasta los confines asiáticos, sostuvieron las glorias del arte durante ocho ó diez siglos, llenando el mundo de creaciones las mas ingeniosas, y con frecuencia de obras maestras.

Hace tiempo se ha rectificado el concepto de los que calificaban de bárbaras las producciones aludidas, llamándolas *góticas*, sin duda para mayor desaire; mas una apreciación juiciosa de las leyes estéticas, ha hecho ver cuánto gusto y severidad de estilo, unidos á un conocimiento bastante certero de los principios científicos y á un sentimiento doblemente inspirado por la poesía y la religion, campean generalmente, no solo en las obras artísticas, sino aun en los simples artefactos de aquel tiempo, que son con justa razon el orgullo de sus poseedores y la mejor gala de los museos.

Nosotros, que para decirlo francamente, les tenemos una afición decidida, cogemos gustosos cuantas ocasiones se nos deparan de ponerlas en debido relieve, y de contribuir en lo necesario á su vindicación, mayormente si se contraen á nuestro país, donde tantas, y á menudo tan mal apreciadas son todavía.

Ya en el número segundo de este periódico, dimos copia de una tabla que en su género consideramos una especialidad para fijar la historia del renacimiento del arte en España. Hoy, sobre la satisfacción de poder aducir otra pintura que antecede á la dicha de un siglo, tenemos la de publicar el nombre de un artista hasta aquí desconocido, autor probable de la misma, y de dar á luz unos documentos que suministran no pocos datos con relacion al estado de las bellas artes españolas en el siglo XIV.

Es la tabla, fragmento de un altar del 1400 que existía en cierta iglesia del territorio de Barcelona. Representa á San Lorenzo antes de ser diácono, curando á varios niños que le son presentados por sus padres, ó bien confirmandolos á puerta cerrada durante la persecución de Valeriano. Prescindiendo de la composición que es asaz graciosa, y de la unción retratada en los semblantes, los trajes tienen mucho que observar, siendo rarísimo y original el del mismo santo y el de la dama hincada á sus pies, cuya exactitud nos garantiza, describiéndolos en la propia forma, una ley santuarial del municipio barcelonés, de la época de esta pintura, que obra en nuestro poder.

Quién fuese su autor no consta por ella, pues los pintores de entonces no solían firmar sus obras, pero sin inverosimilitud puede atribuirse á un artista barcelonés de alguna nota, que florecía en los últimos años del siglo XIV y principios del XV, á tenor de los documentos de que llevamos hecho mérito y que pasamos á detallar.

Son cuatro escrituras de ajuste recibidas por ante un solo notario, en las fechas de 20 enero 1396, 7 junio 1401, 27 agosto 1404 y 21 noviembre 1410, donde por varios particulares se contrata con el maestro *Luis Borrassa*, ciudadano de Barcelona, la obra de pintar y dorar varios retablos, á saber: uno para la iglesia de San Juan de Valls, obispado de Tarragona, otro para la ciudad de Burgos, en Castilla, otro para San

Salvador de Guardiola, obispado de Vich, y uno para San Antonio de Manresa. La escritura referente á este último, que aparece mas detallada, dice así:

«En nombre de Dios sea, amén.» Sobre el retablo hacedero por en Luis Borrassa, pintor y ciudadano de Barcelona, para el altar de San Antonio constituido en la iglesia de la ciudad de Manresa, han sido hechos, acordados y convenidos entre los honrados en G. Desglayales, y P. de Torroella, y Martn de Rojas, y Francisco de Asis Benetes, cofrades de la cofradia del dicho San Antonio, todos de la ciudad de Manresa de una parte, y el dicho Luis Borrassa de la otra, los capitulos siguientes: 1.º Luis Borrassa conviene en pintar el consabi o retablo que está ya labrado de madera, en poder suyo, y hacer y pintar en él las historias segun y en la forma que se hallan consignadas y puestas en la vida del santo, y á tenor de lo que se le dirá por escrito en un pliego de papel; cuyo retablo promete dorar de oro fino de Florencia, y los colores de que vestirá las dichas historias sean de azur bueno y fino de Acre, y de otras colores buenas, y el guardapolvo de plata corlada, ó de azur de Alemania y de otras buenas y finas colores, segun se acostumbra hacer semejantes guardapolvos; empero

si los cofrades arriba nombra los ó mussea el prior de los frailes de los Sacos y el discreto en Benito Bojus presbítero, querrán elegir ó variar algunas historias, que ellos lo puedan hacer dentro el término de dos meses. Iten, el dicho Luis sea teido y haya hacer las

enarnaduras (encarnaments) así como caras, manos y piés que aparezcan desnudos, todos de su mano. Iten, cuando esté concluido dicho retablo, deba él trasladarse á Manresa para colocarlo y montarlo, á costa y espensas de los cofrades. Iten, en toda historia donde San Antonio aparezca como abad, deberá vestir capa imitando brocado (qui reta drap daur) matizada de azur de Acre y estofada (picade). Iten, en las historias donde se represente rey, vaya igualmente vestido de paño de oro. Iten en todas otras vestiduras en que deban figurarse ramajes y perfiles (brots e perfills) de oro, que este sea fino, conforme queda dicho arriba. Iten, quede obligado á toda reparacion del retablo despues de colocado, ya sea por efecto de mala preparacion del yeso (mal enguixar) ó de colores cuarteados (qui s'abeladasen) ó por desperfectos (fenadures) causados por su culpa, y á ello esté tenido hasta dos años despues de la colocacion. Iten, se obliga á tener listo (splaguat) y puesto en su sitio dicho retablo dentro el plazo de un año, á contar desde el dia de Navidad próximo venidero. Empero y ademas, tenga que hacer los diablos de diversos colores, que no sean todos negros, antes los haya colorados y verdes y de otras finas colores. Y conviene en que



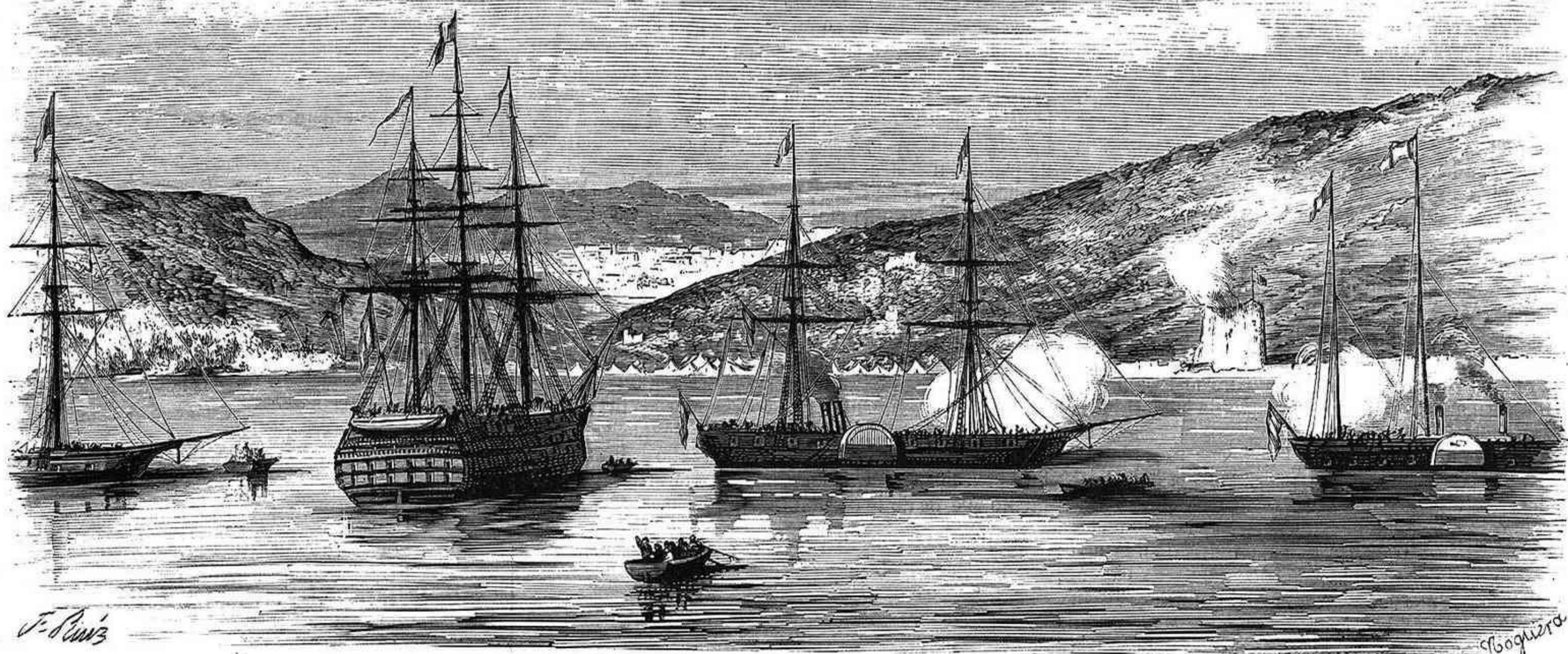
SAN LORENZO CURANDO Á VARIOS NIÑOS. (TABLA DEL SIGLO XIV.)

las cosas susodichas tendrá perfectas y acabadas dentro el mencionado tiempo, primeramente bajo pena de cincuenta libras barcelonesas, obligando á ello sus bienes, y jurándolo por Nuestro Señor y los santos cuatro Evangelios. Los dichos cofrades prometen por precio de todas estas cosas 294 florines de oro de Aragon, pagando ahora de presente 50, cuando el retablo estará á punto de dorar 150 y lo restante cuando quede concluido y colocado en la capilla. Iten, dice el espesado Luis que no se acostumbra hacer las vestiduras de reyes, ni capas, ni ramajes, ni perfiles, sino de oro mediado (partit), pero todos los campos, arquitos y demás que haya, de oro fino, y los vestidos se hacen de oro mediado. Iten, quede obligado, si despues de hecho el retablo resultase por culpa suya discrepancia entre la ejecucion de las historias y las instrucciones que se le darán por escrito, á pagar el detrimento á juicio (co-

nexer) de otro por suyo menestral. Iten, de los precedentes capítulos se librarán tantas copias (cartes) quantas se pidieren por los interesados. Et ideo nos dicto partes lau lantes, etc, etc.»

En las demás escrituras se leen algunas otras particularidades; así, la del año 1396 dice que el retablo ha de constar de tres tablas, *bancal* y guardapolvo de álamo blanco (alber blanch) con anchura de once palmos de cana de Barcelona y elevacion de diez y seis, debiendo la tabla del centro superar á las laterales. El pintor tiene obligacion de *encolar*, *entrapar* y *enyesar* el retablo de *yeso grueso* y de *yeso fino*, y entre otros buenos colores promete emplear el carmin. El destinado para el altar mayor de la parroquia de Guardiola (escritura de 1404) tiene diez y seis palmos de ancho y quince de alto, incluso tabernáculo y bancal, su remate es redondeado, formando bóveda y se divide en tres com-

partimentos con columnas espirales (redortas) en el centro y alrededor. En la division central se pintará el Divino Salvador sentado en *sede majestatis* y rodeado de los símbolos evangélicos; encima estará la historia del Crucifijo con las Tres Marías, San Juan y judíos armados segun la historia requiere. La division de la derecha contendrá dos cuadros, la Transfiguracion y la Cena, y la de la izquierda otros dos, la Prision del huerto y el Señor resucitado apareciéndose á la Magdalena. En el bancal habrá otras tres historias, á saber, á un lado la Ascension de Jesucristo y la *Passio imáginis*, ó sea cuando los judíos azotaron á la imagen del Señor (como los juheus boteran la image del Crucifix, e dague la image isqué gran multitud de sanch), y al otro el juicio universal, y la repisa de la puerta comprendida en toda la estension del bancal, poniéndole algunos colores y follages ú otro adorno que esté gentilmente. Se cubrirán

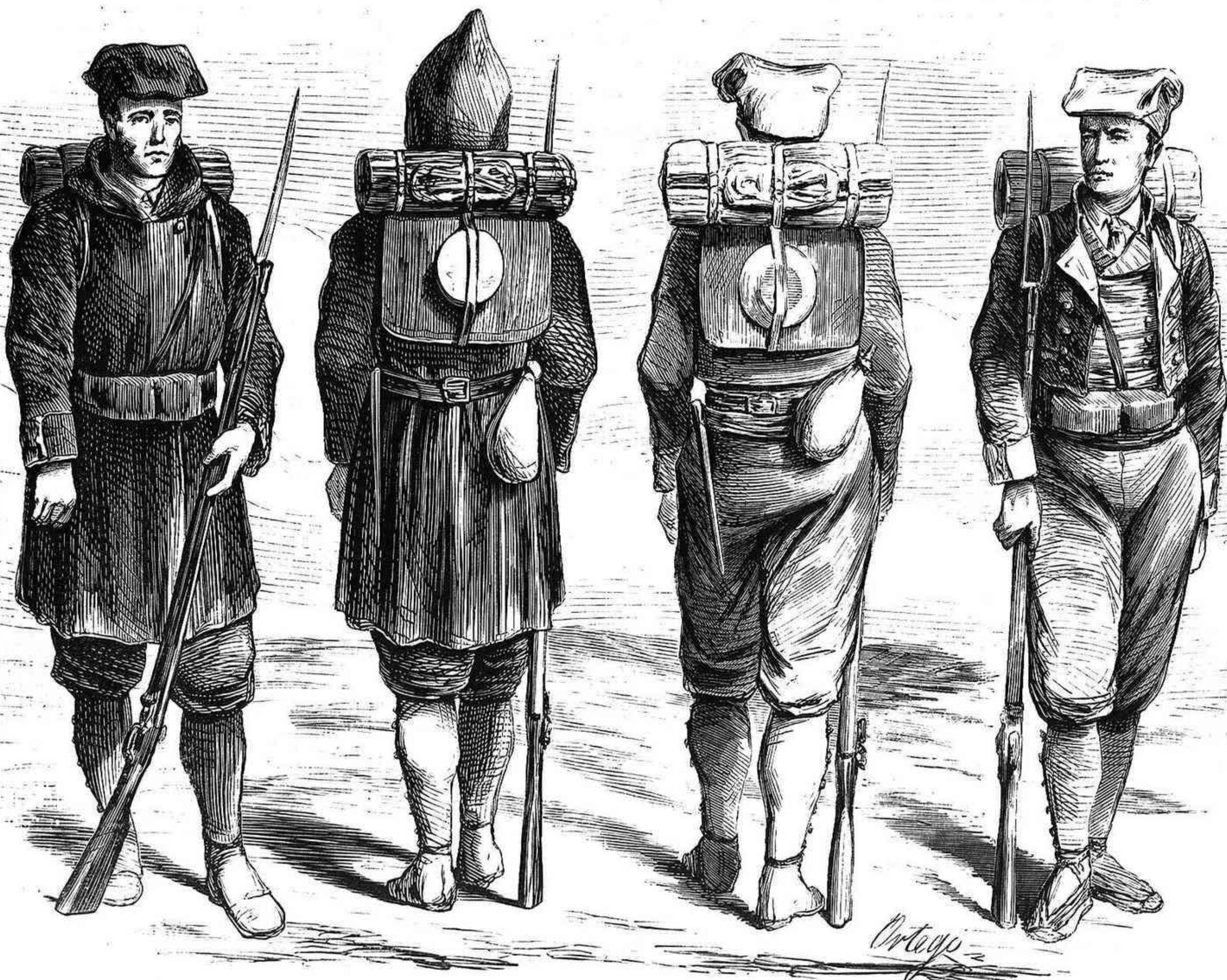


VISTA DE LA RIA DE TETUAN.

de oro fino las columnillas, los arquitos, las diademas y la parte de campos que fuese necesaria, así como el tabernáculo en sus tres fases, cuyo interior será de ber-

me'lon realzado con arabescos. Además promete el pintor que en cada cuadro hará una imagen ó figura de azul de Acre, fino y bueno, y las demás de buen carmín y de

diversos colores delicados, según en otros bellos retablos se acostumbra. El destinado á Burgos (escritura de 1401), es encargo del señor García Ruiz, mercader



VOLUNTARIOS CATALANES.

de aquella ciudad, quien sobre otras condiciones análogas exige que al guardapolvo se añadan sus armas, esto es, una estrella de oro, debajo una luna de plata, en escudo de campo azul surmontado por una cruz roja. El precio de ajuste de las tres obras es respectivamente de 60, 70 y 80 florines de oro de Aragon, con el bien entendido de que en el menor se comprende el coste de la madera; y para su conclusion se señalan de término respecto á la primera dos meses, respecto á la segunda tres y medio, y relativamente á la tercera nueve.

De todo lo dicho pueden argüirse varias consecuencias. En primer lugar es notable la liberalidad con que se recompensan los trabajos del artista. El florin de oro de Aragon valia once libras barcelonesas, segun consigna otra de las mismas escrituras, representando por consiguiente la suma de 117 reales 33 céntimos. El retablo de menos precio es de 60 florines, y el de mas, 294, esto es, 7,040 reales el primero, y 34,496 el segundo. Como aquel podia concluirse en dos meses, pues tal es el plazo que el documento señala, suponiendo que el artista en los otros diez meses recibiese encargos de igual cuantía, tenemos que en un año era capaz de ganar 42,000 reales, ó 38,000 por término medio; comparada esta suma con los 34,000 reales y pico, precio del segundo retablo que precisamente en poco mas de un año debía ser entregado y colocado. Verdad es que se ha de rebajar el importe de oro y colores, en aquella época no corto, pero debe observarse que el pintor tendria su buena clientela, que aquí tratamos de encargos recibidos por un solo conducto, que regularmente desempeñaría á un tiempo diversos trabajos ayudado de sus manecobos, pues la recomendacion que se le hace de ejecutar por sí rostros y manos, prueba que para lo restante se valia de auxiliares, y por fin, que amén de la pintura de retablos contaria con los demás renglones propios de su profesion, como decoraciones, iluminaciones, pintura mural y nobiliaria, dibujos ó modelos para la industria, cuando no retratos y miniaturas. Añadamos que atendida la diferencia de los valores monetarios, 40,000 reales en el siglo XIV equivalian á mas de 100,000 en la actualidad, y resultará por lo que hace á nuestro pintor, un beneficio asaz decente, con el cual se contentarian hoy sin duda las mayores celebridades.

De aquí resulta asimismo la consideracion que gozaria Borrassa como artista. En efecto, el profesor que gana tan crecido caudal recibiendo encargos hasta de Burgos, siendo así que castellanos y catalanes no andaban á la sazón muy avenidos, y prescindiendo de que Castilla tenia buenos maestros (García, Francés, Alfonso Martínez, etc.) apuradamente no sería un pintor de brocha gorda, y ya se desprende de nuestros documentos, que las encarnaciones, esto es, lo mas difícil del arte, se reservaban á su mano. Ahora bien, cualquiera que esté familiarizado con las pinturas de la edad media sabe cuánto primor de ejecucion ofrecen en este concepto llegando á veces á competir con la miniatura, ni tampoco ignora que su mayor mérito consiste en la gran naturalidad, expresion y sentimiento de las fisonomías, por manera que el artista debía de hallarse muy inspirado y proceder con gran conviccion cuando sin visible esfuerzo conseguia ese idealismo de plácida beatitud que forma el encanto de las pinturas dichas *pólicas*, hoy mas que nunca admirado, sin que muchas veces se iguale ni mucho menos se logre superar.

En órden á los procederes materiales tambien nos ofrecen buenos datos las consabidas escrituras. Segun ellas, el cuadro se preparaba en un lienzo fijado sobre tabla, con dos capas de yeso, uno grueso y otro fino. En seguida el pintor diseñaba su composicion, y antes de aplicar los colores, procedia él mismo á dorar las partes que debian llevar oro, el que era fino para toda clase de accesorios, y mediado ó partido para los ropajes. — Al parecer el oro de Florencia era el mas estimado. — Ambos procederes, así el de aplicar la tela sobre tabla, como el de dorar los fondos, coronas, ropajes, etc., se remontan hasta los primeros siglos de nuestra era, y gozaron mucho favor durante el periodo de la edad media. Siendo tales operaciones mecánicas en cierto modo y rutinarias, confiábalas el maestro á sus ayudantes, reservando para sí las partes de mas empeño, ó sean aquellos toques característicos que revelan al profesor y constituyen la última mano de la obra. Entre los colores vemos recomendarse el carmin, muy usado por los antiguos y por los artistas neo-griegos de la época bizantina, pero despues descuidado hasta el siglo XIV, y el azul de ultramar que parece ser de dos clases, uno superior llamado de Acre, y otro inferior, dicho de Alemania. A propósito de él y para que se vea su estima, no deja de ser original la prevencion hecha en alguna de las escrituras, de que cada cuadro debiera contener á lo menos una figura del azul primero ó de Acre: hé aquí otra de muchas exigencias que los comitentes se permitian, coartando la libre accion del artista y que contribuirían no poco al convencionalismo peculiar de esas producciones, que les da un aire de paramento ageno á la verdadera naturalidad, y tan chocante al buen sentido, que parece milagro pasara desapercibido á unos profesores asaz perspicaces en otro concepto.

Semejantes pinturas, como es sabido, se hacian generalmente al temple. Laca, cola, clara de huevo, á veces tambien el aceite de linaza, servian para desleir el color y combinar sus tintas á las que despues daba la corres-

pondiente transparencia y solidez un baratz compuesto del mismo aceite, y de galbamon, mirra, almáciga ú otras resinas. La pintura al óleo conocida de los antiguos y bastante usada en los siglos X y XI, aunque con procederes imperfectos, segun resulta del célebre discurso de Theófilo, no se introdujo propiamente hasta que Van-Eyck ó Juan de Brujas, á mediados del siglo XV, logró inventar un secante que hizo fácil su uso, causando en la verdadera pintura una verdadera revolucion.

Finalmente, las aducidas escrituras pueden servir para deslindar la fecha de ciertos retablos y otros monumentos pictóricos que vemos en muchas iglesias y colecciones así de época indeterminada, como de procedencia incierta, los cuales insiguiendo este dato seguro, conforme se avinieren mas ó menos á las condiciones generales y particulares, figura, reparticion, detalles, accesorios, colorido, dorado, adornos y demás que en dichos documentos se contiene, será fácil aproximar de la data del 1400, ya para su debida apreciacion histórica, ya para su conveniente estudio sistemático. Cuando tan vaga es aun la historia de la pintura desde la ruina del imperio hasta la época del renacimiento, el menor dato fijo, tiene un precio incalculable. Así como los pintores no ponian en sus cuadros, salvo raras escepciones, ni un nombre, ni una fecha, tampoco los escritores hacian la apreciacion de una pintura, ni descendian á precisar sus caracteres. ¿Y cómo lo hubiesen podido caso que lo hubieran intentado? ¿qué reglas seguir para sus apreciaciones? ¿cuál era la estética admitida en medio de aquel caos de irresolutas tentativas y de ensayos pueriles? Ahora es cuando con mejor crítica y mayor experiencia cabe hacer algo en tal materia; desgraciadamente la lejanía de los tiempos y la pérdida ó el extravío de muchos monumentos que podrian darnos luz, acrecen por otro lado la dificultad, de suerte que ya solo á los arqueólogos está reservado, á fuerza de árduas y prolijas investigaciones, ir levantando á las artes el monumento que ha de llenar tan grande vacío.

J. PUIGGARÍ.

A MON AMICH

DON RAMON MUNS Y CASTELLET.

ODA.

Lava, que en lo bell mitx de nostra esfera
Bulls en onas de foch,
De Nápol's abandona la ribera,
Que no vol ta claror la náu velera.....
¡Reventa en lo Marroch!

Ab lo teu bés de dos ciutats paganas
Cremáres los altars:
Per dar pás á las tropas cristianas
Crema, si no la vilas mahometanas,
Los boscos seculars.

Y en los saulons del Sahara á asedegarse
Fugiran los lleons;
Y ls' que van de llurs carns á alimentarse
No pensarán ab feras igualarse,
¡Tal volta serán bons!

Que al negre y blanch, al denerit y atleta
Un cor los doná Deu.
¡Fins la fera ab amor sos fills atleta!
¿Com negará lo poble del Profeta
Dels sentiments la veu?

Mústigas viihen las palmeras solas
Del Africa en lo cor;
Y ls' palmers de las platjas espanyolas
Díuhen al vent del Nort: — «A tí, que hi volas,
»Fém missatger d'amor.

»Porta de nostres cälzers en tas alas
»La pols llayrosa allí.
»Y si nostres sospirs passant exalas,
»Las veurás de penjays, que son llurs galas,
»Los llurs plomalls guarní.—»

No rega l' gel la planta que en lo clima
Naix del cremant desert.
¡Un cor ardent sos habitants anima!

¿Com no adorar la Creu si l'cor sublima,
Y l' deixa més umplert?

Y la Creu son dos brancas d'olivera;
Y la Lluna un alfanch.
La Créu en los cristalls se reberbera:
La Lluna per mirarse riallera
Demana rius de sanch.

Per só l'acer no don; primer se l' clava
Al cor lo marroquí.
Per rebrel' voluptuosa s'enyoyava,
Y l'mirall de sa sanch sols li mancava
A una ensisera huri.

Per poble tan ardent com sas arenas
Lo premi es lo plaher.
De un sant amor lligáulo ab las cadenas,
Y cantarà en sas trobas de fé plenas
A un Dèu, y á una muller.

Y tal volta la rassa, que en Granada
Entrar la creu mirá,
Al véuerla en Marroch dirá esglayada
— «¡La Lluna cada punt está eclipsada!
«¡Lo Sol may s' eclipsá!

Madrid 24 de enero de 1860.

DAMASO CALVET.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL TEATRO ESPAÑOL.

I.

Mucho tiempo há que deseo hacer confidente al público de los íntimos sentimientos nacidos de mi amor al arte é hijos tambien de algunas dolorosas reflexiones que me ha sugerido el estado actual de la literatura dramática y de la declamacion en nuestra patria.

¿Qué significa esa vacilante y lánguida vida que arrastra la escena española? ¿De qué proviene? ¿Conocida la causa puede encontrarse un remedio pronto y eficaz á tan lamentable postracion?...

Estas preguntas y muchas mas, que no apunto porque no hacen falta á mi propósito, se escuchan frecuentemente en los círculos literarios, casi siempre de jóvenes entusiastas que asisten con ansiedad á los teatros en las noches de estreno de obras.

Y en verdad, que á muchos de esos casi desconocidos y jóvenes poetas, les anima siempre el noble deseo de saludar entre aplausos á una nueva esperanza para el arte; de estrechar la mano de algun compañero que refresque con el laurel del triunfo su frente abrasada por la fiebre de la inspiracion, que descansa en la confianza y en la estimacion de un público entero de las fatigas del insomnio, que encuentre el premio tanto tiempo esperado, de su incontrastable fuerza de voluntad, de la fe pura de su corazon de artista.

Desgraciadamente son pocas, muy pocas las veces que se cumplen los deseos de esa noble juventud.

El teatro español decae, desfallece por instantes. ¿Quién tiene la culpa?—Todos. Autores, actores, empresas, la crítica, el público, el gobierno mismo. Lo voy á probar del mejor modo que alcance. Desautorizada y humil e es mi voz; pero la verdad brilla en todos los labios, y la verdad no ha de estar siempre oculta.

Dos elementos principales, pudiera decir únicos, animan al escritor dramático al emprender una obra. La gloria y el lucro. Perdónenme si pospongo este, los que me dirán de seguro como Nicolás Jenkins á Sullivan que ellos no acostumbra á anotar la gloria en el libro de entradas. ¡Oh! si algunos de nuestros pocos buenos escritores la anotasen siquiera en el libro del corazon, mas respeto inspirarian sus nombres al público, mas lucidos se hallarian sus bolsillos y menos vacías las arcas de las empresas, y hasta mas alta la reputacion de nuestros eminentes actores. Porque el escritor, el actor, la empresa y el público, se encuentran siempre tan enlazados, que el daño que uno ocasiona, redonda naturalmente en perjuicio de los demás. Si bien es cierto que el título no llega á ser causa del daño, sino cuando la falta de union y constancia de los otros tres, el abandono y olvido del buen gusto, dan margen á su descontento, á su veleidat, á su indiferencia, á su desconfianza, en fin.

II.

La gloria y el lucro... Desgraciado el genio, si genio puede llamarse, que no comprende que el uno es consecuencia legitima de la otra! Quien no aspira á alcanzar un gran nombre, renuncia tacitamente á ser rico

por
una
á la
No
crito
si no
tos h
aque
nas l
y qu
han
muel
igual
las e
dicer
otros
año y
la pr
tanto
nos d
dias,
nales
to. E
en m
ó Gu
que n
en bu
obra,
por m
de re
que p
ment
son el
verso
porqu
las ob
y otra
mil ej
manos
Y b
cia y
no pu
que lo
para o
nos e
Y a
rector
blico,
rales o
versos
corazo
de que
flaman
allí en
co imp
te por
¿Qué
empres
género
de los a
comple
caletre,
turado
absolut
dia... ó
periódic
Paris.
muscrito
dramáti
que si l
título, o
de tant
Y ahí te
vaya á l
genio d
autor d
cuenta o
vertido
y en qu
constan
no se re
nio pasa
la ponga
mano m
yor ener
del títul
que lo c
una som
Hay q
sarios y
rodean,
cuanto á
ejemplos
ce su m
Escusa
otros tal
crean no
negociar

por el arte, por el verdadero arte: se contenta con ser una medianía, y estas no se admiten nunca, y menos á la altura de la civilizaci6n y del progreso del siglo.

No hay, pues, mas que escritores buenos, y malos escritores. Y como quiera que á aquellos les es difícilísimo, si no imposible, llevar á estos por su brillante senda, estos han encontrado muy fácil con su ejemplo el hacer á aquellos olvidarse de su verdadero destino, salvas algunas honrosísimas escepciones que todo el mundo conoce y que no descienden del alto puesto que con su talento han sabido conquistarse.

—Ya que no podemos hacer poco bueno, hagamos mucho malo, dicen los malos, y el resultado positivo es igual sino mayor, puesto que como ya somos conocidos, las empresas esperan siempre lo que las llevemos. Y dicen los buenos pervertidos:—Pues señor; cuando nosotros hacíamos cosas de provecho, trabajábamos todo el año y escribíamos una comedia ó un drama que entre la propiedad de Madrid y de las provincias nos producía tanto. Fulano de tal (y cita á uno de los malos) en menos de tres meses ha escrito tres dramas y tres comedias, entre arreglos (traducciones detestables) y originales (que no lo son) pero que le han producido cuanto. El va formando ademas un repertorio nutrido que en manos de los numerosos corresponsales de Regoyos ó Gullon forma un capital vitalicio muy regular, si es que no le da por vender la propiedad provincial y recoge en buena plata por lo menos dos mil reales por cada obra, ó sean doce mil que unidos á ocho mil que, por malas que sean, le habrán producido los derechos de representaci6n en la corte, suman veinte mil reales, que para tres meses de trabajo... vamos... Decididamente, dejamos de ser lo que éramos para ser lo que son ellos. Poseemos bien el francés y ademas hacemos versos muy bonitos, y en esto les llevamos una ventaja; porque si al público le da el capricho de leerlos, como las obras dramáticas tienen doble vida, una en las tablas y otra en la prensa, agotada una edici6n de tres á cuatro mil ejemplares... ¡vaya!... no hay que pensarlos mas: manos á la obra... y dejemos de ser buenos.

Y bien mirado, en haciendo abstracci6n de la conciencia y en echando y un lado la honrilla, los tales cálculos no pueden ser mas acertados. Pero el caso es, que los que los hacen, ni siquiera han trabajado lo bastante, para que puedan decir: «hemos cobrado buena fama y nos echamos á dormir confiados.»

Y aquí llega el capítulo de los empresarios y los directores de escena que se quejan del cansancio del público, cuando ellos mismos le fatigan con arreglos inmorales ó tontos, y originales vacíos de interés y llenos de versos lindos, pero que nada dicen ni á la cabeza ni al corazón: en cambio son obras de conocidos escritores, de que nadie se acuerda sino cuando cuatro amigos los llaman á las tablas para que sepan que en estando ellos allí en comisi6n, gratis, importa un ardite que el público imparcial y sensato se aburra é indigne soberanamente por su dinero.

III.

¿Qué extraño es que los pupitres de los directores y empresarios se encuentren atestados de obras de todos géneros conocidos y por conocer? Su misma conducta y la de los autores de su devoci6n autoriza á la nulidad mas completa, á ensartar los mayores disparates de su propio caletre, ó á llenar de galicismos bárbaros nuestro desventurado idioma traduciendo con la paciencia servil y la absoluta necesidad del diccionario un drama, una comedia... ó una ópera cómica, porque leyeron en tal ó cual periódico, que estaba haciendo furor en los teatros de París. Y aquella nulidad se presenta con su enorme manuscrito debajo del brazo, diciendo que él es un autor dramático. Y no hay sino cerrar los ojos y creerle, porque si le preguntáis con qué derecho se apropia aquel título, os contestará (y hará bien) que con el derecho de tantos otros cuyos nombres ha visto en los carteles. Y ahí teneis una obra mas. Y posible será que despues vaya á buscar al empresario ó al director un verdadero genio desconocido y que no se atreva á decir que es autor dramático, pero que presente la prueba en cincuenta ó sesenta cuartillas emborronadas, donde habrá vertido tal vez las lágrimas de su propio sentimiento y en que habrá posado su frente marcada por el desvelo constante y la meditaci6n. Pero como estas son cosas que no se reparan á primera vista, la obra del verdadero genio pasa al pante6n del olvido hasta que una casualidad la ponga en turno de lectura, dado caso que alguna mano maestra del comité literario, que suele ser el mayor enemigo de la empresa, no haya puesto antes debajo del título el decreto de «devuélvase al interesado» para que lo cumplimente algun avisador, dirigiendo al genio una sonrisa de lástima.

Hay que compadecer en estos casos solo á los empresarios y directores que en los mayores amigos que les rodean, tienen su propia ruina y descrédito, porque en cuanto á esos talentos desairados, palpables y recientes ejemplos tenemos de que tarde ó temprano se reconozca su mérito y se aplaude con entusiasmo.

Escuso manifestar qué sentimiento me inspiran esos otros talentos tan necesitados ó, mejor dicho, que se crean necesidades tan apremiantes, que no dudan en negociar con el plan de un drama ó en cobrar un tanto

por la versificaci6n de algunas escenas que les presenta un compañero, apurado por falta de espontaneidad poética. Esta prostituci6n del genio me produce casi el mismo efecto que la prostituci6n del amor. Pero como en esta me repugna mas el que compra que la que vende, en aquella me repugna mas el que vende que el que compra.

Quien conserva pura la fé del arte y no le adopta como pudiera adoptar un oficio cualquiera, es imposible que jamás comercie de ese modo, haciendo gala del escándalo.

IV.

¿Qué he de decir de los actores en particular, y en relacion con los poetas que no esté ya en la conciencia de unos y otros. En la mayor parte de aquellos como de estos, el principal mal consiste en que buscan el teatro como un recurso. De aquí, la carencia casi completa de facultades. No pocos actores tienen que ir aprendiendo en escena hasta los finos modales que antes debiera haberles proporcionado una buena educaci6n.

Algunos, aunque de talento á la vez, deben mucha de la lisonjera deferencia que el público les dispensa, al mismo delicado esmero con que han sido educados por sus bien acomodadas familias.

En esto, aunque hemos adelantado bastante, sin embargo, existen demasiado arraigadas en la sociedad ciertas ríriculas preocupaciones que ni el progreso de la mas alta civilizaci6n podrá llegar á destruir, porque son el fruto del fanatismo hipócrita que reinó siglos enteros.

No quiero decir que los que á la profesi6n del teatro se dedican no estén considerados, sino que si lo están, si participan de algun modo de las distinciones sociales, es, y no temo equivocarme, con relacion al puesto especial que fuera de la escena ocupan. Y como son muy pocos los que abrazan esa carrera por su propio gusto, por la aspiraci6n irresistible del verdadero genio á la gloria y la embriaguez de los triunfos, de aquí que la mayor parte, que trabajan por la necesidad, arrastran esa vida aislada, errante, lánguida, sin la conciencia del artista y con la fiebre de la desesperaci6n.

Y aun algunos que participan del entusiasmo y la fe que tan difícil profesi6n requiere, sufren ese mismo aislamiento de la desgracia; pero su amargura es mas grande, porque dentro de ellos mismos reina cruel y terrible esa eterna lucha del espíritu creador y la materia que desfallece; de la ilusi6n fascinadora y la verdad triste, del genio que quiere brillar y el hombre que tiene que vivir. ¡Oh!... si sabeis, si comprendéis todo esto, compadeced á esos desdichados y no aumentéis su tristeza con vuestros murmullos de desden cuando les encontréis distraídos, olvidados en una situaci6n escénica, porque tal vez sufren entonces con la idea de la suerte que les aflige, y de la miseria que amenaza á sus madres, á sus hijos, que en su talento cifran todo su porvenir... ¡Cuántos artistas vierten lágrimas en la escena, no tanto porque la inspiraci6n del poeta lo exija, cuanto porque en la ilusi6n teatral se refleja la verdad de su propio infortunio.

No me cansaré de decirlo: el escritor y el actor necesitan la tranquilidad en sus estudios y en sus trabajos. La necesidad lleva á la escena esas obras débiles é incorrectas del uno, y el desasosiego é indiferencia del otro.

Nadie ignora lo indispensable que es al actor que empieza su profesi6n, hacer inmensos y costosos sacrificios para la adquisici6n de multitud de variados trajes y armas, si ha de representar con propiedad á los personajes de todas las épocas. Las hebillas, los lazos, las plumas, hasta los cabos (como ellos dicen) mas insignificantes, exigen crecidos desembolsos. Y si entramos luego con las continuas modificaciones de los trajes de nuestros días, á que deben acomodarse si han de satisfacer las exigencias de la comedia de alta sociedad, sobre todo los galanes y galanes jóvenes, comprenderemos mas y mas de donde deben salir los actores y con qué recursos han de contar siempre.

Yo recuerdo haber lamentado mas de una vez la pérdida completa de los efectos mas dramáticos de ciertas obras, ocasionada por la presencia de uno ó mas personajes con los guantes exajeradamente sucios, con las medias rotas y otras faltas que escitaban la hilaridad del público.

Pero los límites de mi propósito, no me permiten detenerme en ciertos pormenores, que bien se dejan comprender por lo dicho.

V.

Yo entraria de buen grado en el exámen de las diversas escuelas de declamaci6n á que pertenecen nuestros primeros actores y algunos de los jóvenes que á su lado han dado últimamente los primeros pasos en tan difícil estudio; pero esto arrastraria irresistiblemente mi pluma á un terreno de que no podria salir sino despues de haber escrito un volumen en que depositase todas las observaciones que desde niño vengo haciendo con mi decidida afici6n al arte. Obras preciosas han llegado á darnos una idea de lo que era el teatro en Grecia, y de la alta importancia que las representaciones escénicas llegaron á conquistar en Roma. El actor-poeta Livio

Andrónico fue gloria de Atenas y maestro del gran orador Demóstenes: Roscio formó las delicias del teatro romano, y de él se aconsejaba amistosamente Ciceron. Pero no han quedado noticias de los métodos de estudio de esos famosos cómicos. Buenos serian de seguro, si los condujeron á la representaci6n de la verdad.

La verdad: ese es el gran secreto que constituye la excelencia del artista. Porque á la verdad no se llega sino con la inteligencia del genio y con la magia del sentimiento mas delicado. Leed los escritos de Talma, de Bastus, de Barroso, de Latorre... todos os dirán como yo que el mejor actor es y será siempre el que mas se acerque á la verdad, el que mejor interprete la naturaleza de los caracteres y los afectos que el poeta comunica á sus personajes. No necesito por lo tanto decir, porque está en la conciencia de todos, quien es hoy el primer actor de la escena española.

Julian Romea, Arjona, Valero, representan, por decirlo así, tres escuelas distintas que no puedo analizar, pero cuyos discípulos, con muy raras escepciones, se han quedado sin ninguna. Muchos, sin poseer nada de eso que solo Dios da á sus predilectos, creyeron que no habia mas que decir, vamos á ser cómicos, y ponerse al lado de uno de esos maestros. Y así lo hicieron, y despues de tomar todo lo malo que encontraron en la escuela, se fueron por esos mundos, pregonando su título de primeros actores y directores. ¡Maldita ambici6n de figurar y mandar! Ella ha segado en flor los escasos talentos del teatro que prometian consolarnos cuando sufriésemos la pérdida de esos otros eminentes, cuya memoria vivirá mientras viva nuestra escena.

¡Triste es decirlo! pero cuando á Romea deje de sostenerle ese entusiasmo de verdadero genio, tendremos que renunciar al nacional orgullo de aplaudir las bellas creaciones que nos legaron Calderon, Lope, Tirso, Alarcon, Rojas y Moreto.

A pesar mio, tengo que recordar en este instante que parece que estamos condenados á no ver ya nunca un cuadro completo de actores españoles. ¿Por qué?... No quiero hacer á esas eminencias el poco honor de suponer que la envidia los divide. Ejemplos, no muy lejanos, tienen algunos de ellos de que en un mismo teatro, en una misma noche, en la misma obra, hasta en una misma escena, pueden brillar dos artistas, sin que la gloria del uno pueda eclipsar ni menoscabar la del otro; sin que la pasi6n ó la injusticia puedan robar los aplausos á ninguno; porque el público verdadero, el sensato, siempre es justo y nunca se apasiona sino del mérito real, de la inspiraci6n del genio que le seduce, del sentimiento que le arrastra y le conmueve. Recuerden sino don Julian Romea y don Joaquin Arjona los triunfos que juntos alcanzaron en las representaciones de Sullivan, de La escala de la vida y otras muchas.

VI.

Todas esas desgracias que lamentamos, esas divisiones tontas, esos aislamientos estériles, se deben á un orgullo mal entendido la mitad, y la otra mitad á la eterna y ruin chismografía de bastidores y á ese flujo y reflujo de inenios polillas de fatal influencia que inundan los salones de descanso y los cuartos de los cómicos; medianías pobres, en su mayor parte, que á fuerza de perseguir á los empresarios y directores y rebajarse y prostituir su talento, llegan á adquirir esa perniciosa importancia que están ejerciendo en el teatro.

Las empresas, los autores y los actores, se miran mutuamente buscando el origen de la desgracia que les aflige, sin darse cuenta de que todos, absolutamente todos, llevan consigo mismos algo de esa enfermedad que ha llegado á corromper el gusto del público.

Si; porque el público, que antes iba al teatro animado de la esperanza, cuando no de la seguridad de gozar aplaudiendo con entusiasmo al poeta y al actor concienzudos y puramente españoles, hoy va, lo que se llama á pasar la noche, y eso, por no dormirse en una tertulia de confianza ó contar los minutos, puestos los codos sobre la mesa del café. Y ahí le tienen ustedes, riéndose con la misma inocencia de los disparates que escribe Olona y recita Caltañazor, que de los sombreros, levitas, relojes y panzas que saca á relucir Mariano Fernandez. Y el público va llorando ya tanto de risa, que dudo que le queden lágrimas para el dolor que pueda hacerle sentir el escritor dramático.

Sin embargo, aunque de tarde en tarde, aparecen como promesas de mejor porvenir, obras de relevante mérito, que el público va á escuchar para avergonzarse de su debilidad y excesiva tolerancia ante la falta de conciencia de los malos poetas. ¡Desgraciado teatro si esa debilidad sigue contribuyendo al triunfo de los falsos sacerdotes del arte! Con razon podrán decir los escritores de allende los Pirineos, al ver tantos arreglos, traducciones é imitaciones serviles, que la España literaria viene á ser una provincia de Francia.

No. Conjuremos el mal. Nuestra patria cuenta con buenos escritores dramáticos y puede esperar algunos mas que trabajan con fe y que para darse á conocer no necesitan mas que ocasiones. Unáanse, pues. No en sociedades anunciadas con ruido, sino familiarmente, como amigos, como hermanos que deben ser, porque las almas pequeñas y las ruines pasiones no son propias de grandes genios.



El general Prim, jefe del cuarto cuerpo del ejército de Africa. (De fotografía.)

Aristippos lo ha dicho. «El día que se una la gran familia de los verdaderos artistas, la de los estúpidos y pedantes desaparecerá confundida en el cieno de su ignorancia.»

Olviden las rencillas pasadas y los chismes de los oficiosos, y en buena armonía con todos los actores sin distinción, comprendan de una vez para siempre los unos y los otros, que sin el mútuo auxilio, ni pueden hacer fortuna, ni pueden brillar sus nombres á la altura que exige el decoro y la gloria de nuestra escena.

VII.

Breves palabras diré de la mal llamada crítica que invade las columnas de los periódicos políticos y literarios, ya en el tono serio y doctoral, ya en el burlon, incisivo y sarcástico. En muy pocos periódicos vemos que domine la justicia y el sano juicio en las revistas de teatros que semanalmente aparecen, así como en las sucintas noticias que de cuando en cuando nos regalan las gacetillas y los sueltos.

Sin detenerse en el análisis razonado de las obras ni de su ejecución, lánzase atrevidos á decir lo que el capricho ó la pasión les dicta, jóvenes, en su mayor parte, sin la autoridad, y por tanto, sin los conocimientos que tan delicado ministerio exige. Y como á

esta clase de osadía literaria no hay fiscal de imprenta que la ponga límites, algunos que la practican no dudan en entrar de vez en cuando en apreciaciones *personales* que repugnan al buen sentido y hasta á la caridad cristiana que debemos al prógimo.

Algunas travas se han puesto por los gobiernos en ciertos terrenos de la prensa, menos necesarias indudablemente que las que debieran establecerse para la crítica en general y en particular para la dramática. Tan difícil es ser buen crítico como ser buen juez.

Los únicos literatos que pudieran desempeñar tan penosa como necesaria tarea con éxito felicísimo, los tenemos hoy arreglando libros en la Biblioteca nacional ó desempolvando expedientes en las oficinas de algunos ministerios. ¿Cuándo llegará el día en que á los escritores se les proteja en la verdadera profesión para que han nacido? Hemos visto á tantos dejar de ser buenos poetas para entrar á ser malos empleados!

VIII.

Y aquí tienen ustedes como al fin no podía menos de acordarme del gobierno de S. M., no por lo que influya en contra del teatro, sino por lo que deja de hacer en su favor. Desde que concluyó aquello que se llamaba *Teatro Español*, los hombres del poder no se han acor-

dado de ese elemento civilizador sino para ir á distraerse y á descansar algunos ratos de las luchas de la política.

Yo no quiero que el gobierno haga de pronto una reforma radical en nuestra escena, lo cual es imposible y mas hoy que toda la atención está y debe estar concentrada en ese otro teatro en que se verifica el gran drama de la vindicación de la honra nacional. Pero sí me parece justo que el gobierno se resuelva á hacer algunas reformas, poco costosas en verdad, y que ellas mismas se indiquen por mas de un concepto.

La censura dramática debe ejercerla un literato de gran rectitud, experiencia y delicado criterio, pero que no se ocupe mas que en la *censura* y que ni por recomendación *amistosa* ni *oficial*, entregue una obra sin el previo escrupuloso examen. Este escrupulo no debe entenderse solo para lo que pueda relacionarse con la política, sino aun mas para cuanto de algun modo influya en las costumbres. Creo que la censura debiera extenderse á la parte literaria, si en algo apreciáramos nuestras glorias, y así se evitarían tambien á las empresas comprometidas y descalabros por falta de buen juicio, desechando por supuesto esas obras exentas de sentido común, pero llenas del ingenio... de la inmoralidad, rechazado siempre con asco por la conciencia de nuestro pueblo.

Esto en el caso de que hayamos de admitir la censura y de que el público haya de tomar lo que le de hecho un *empleo*, que rara vez llena los fines de su destino; porque no parece sino que el censor de teatros está solo puesto para suplir de algun modo las *atribuciones* del señor fiscal de imprenta.

En cuanto á poner coto á esas oradas de holgazanes traductores, *esclavos del Diccionario*, sin estudio ni conocimiento alguno de los idiomas ni de nuestra escena, solo puede hacerlo el gobierno, volviendo su esplendor al *teatro español*, protegiendo en un escenario del Estado al verdadero mérito así de actores y autores conocidos, como de los que pueden darse á conocer si encuentran el apoyo que su fe merece.

El gobierno para estimular tanto á los unos como á los otros, debiera señalar ciertas cantidades para distribuir las al final de las temporadas como premios y acompañadas de diplomas, entre los que se hubieran hecho acreedores así por su talento como por su aplicación. Para este objeto se reunirían oportunamente jurados de reconocida autoridad y estricta justicia. La distribución de premios tendría lugar en funciones extraordinarias, en que se pondrían en escena las obras honradas con la distinción del jurado, desempeñando los primeros papeles actores y actrices distinguidos del mismo modo. Así, el entusiasmo que la emulación despertaría en los artistas, solo tendría igual en el público que con sus aplausos completaría la ovación despidiéndose hasta otro año cómico, siempre con la esperanza de nuevos triunfos.

Todas esas eficacísimas reformas, son indispensables para que España pueda llegar á mostrarse á las demás naciones en su propio teatro, á la envidiable altura en que hoy se encuentra en las demás ciencias y artes.

Madrid 20 de enero de 1860.

EDUARDO BUSTILLO.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

En la mujer se conoce el aseo por la cabeza y la limpieza por el calzado.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG.—EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.